

El asilo de los humildes



PEPE POL*

En una aldea de un pueblo valdeorrés de la provincia de Ourense, una de las que aún tiene fuerzas para seguir resistiendo a ser devorada por los grandes núcleos poblacionales que crecen a costa de la sangre de vida que succionan a las aldeas, vivía una familia compuesta por un matrimonio y un único hijo.

El viento que anunciaba y prometía mejoras económicas, cómplice de las grandes ciudades, se llevó al mozo cuando tuvo edad para trabajar. Quedaron los padres ya entrados en años y no marcharon porque se lo impidiera el peso de la nieve canosa que cubre sus cabezas o los surcos profundos que en su rostro abrió el arado del tiempo, se lo frena el sentimiento tan profundo que sienten por su aldea del alma, el cariño por esa casa, sus "leiras", esas "hortiñas", todo aquello que les da el oxígeno de sus vidas.

El hijo marchó al extranjero donde se consagró a ganar dinero y, en aquel país, casó con una joven que, como es natural, ningún amor podía sentir por Galicia. Cuando el cartero les traía a los ancianos una misiva de su entrañable descendiente, antes de abrirla, se ponían ya muy expectantes y nerviosos pensando en las noticias que portaría, solamente era un papel de esperanzas: "Para Navidad puede que vayamos", "Este verano es posible que nos abracemos y conozcáis vuestros nietos y nuera".

Llegaba la entrañable Navidad y los dos viejecitos se tenían que conformar con recibirla solos, lloraban de pena. En el verano tampoco venían, disculpas. Los pobres padres, desilusionados, no sabían si su hijo tenía problemas económicos o era una excusa porque ya no sentía amor por su aldea o, lo que es peor, por ellos.

Llegó un invierno y la caduca hoja, aquella anciana, cansada de aguantar, cayó inerte, murió de aflicción. El atribulado padre envió un telegrama a su hijo notificándole el óbito. Ni que decir tiene lo mucho que el hijo lloró. Desde Suiza, donde vivía, tomó un tren para venir a su Galicia. Cuando llegó, tanto tardó en el viaje, aquellos trenes no son el AVE de hoy, se encontró que ya aquellos vecinos que lo abrazaron, salían con su padre de dar cristiana sepultura a su madre del alma.

Pobre hombre, ni en tan pesada situación, le acompañó su esposa, que nada sentía por esta tierra. Padre e hijo se fundieron en un abrazo, lazo de sentimientos filio paternales; estuvo unos días y luego convenció a su pro-

genitor para marchar con él hacia aquel país, él ya no sabía cuando a su "aldeiña" volvería, pues, además de no vivir muy desahogado económicamente, tenía el problema de que su mujer no quería venir ni permitía que lo hicieran sus hijos, ella amaba a su tierra y a los suyos, una mujer egoísta que no comprendía que el matrimonio es unir dos familias en una y se basa en el amor y respeto.

El anciano no tenía ganas de hacer el camino que la otra no quería recorrer y pidió al hijo que, si era posible, como ya estaban a comienzos de diciembre, esperara solamente un par de días y entonces marcharían de su aldea. El hombre se lo comunicó a su esposa y esta dijo que permaneciera hasta que le cumpliera la licencia laboral que tenía, pues también así, pensaba ella, se retardaba la no deseada llegada, la del "mueble viejo" de aquella aldea, pues cuando le notificó que iba a llevar a su padre con él todo fueron disculpas e inconvenientes: no se va a adaptar, vivimos en un piso muy alto, puede morir de frío,...

El marido no contaba a su padre la realidad familiar, pero los ancianos no necesitan de palabras para saber la verdad de cualquier situación; por ello, como el buen hombre era consciente de todo, pide aplazamientos a la marcha.

Llegó el último mes del año, los días en que se despediría en su Galicia natal. Cuando el hijo marchaba a trabajar en alguna "leira", labor que realizaba por cariño a la tierra aunque sabía que nadie vendría a recoger los frutos, el anciano se iba a llorar junto al tronco de algún "casti-

ñeiro” y a pedir que se solventara su situación.

Estando sumido en estas tribulaciones llegó junto a él un peregrino que hubo de gritarle varias veces: “¡Abuelo, abuelo!” Pensaba, el viajero, que era sordo pero, es que el anciano estaba rumiando sus pesares. Cuando el viejo alzó la vista vio a un ser casi extraordinario, parecía un ángel. “Abuelo”, le dijo el recién llegado, con voz queda, “Voy por buen camino para llegar a Begonte, pues me dirijo a visitar el Belén Electrónico que hay en el Centro Cultural Domínguez Guizán”. “Sí”, respondió el aldeano mientras, rápidamente pensó que antes de marchar para el extranjero también él habría de despedirse del belén y encomendarse a la Sagrada Familia para que lo amparase. Díjole: “Si no le importa le acompaño, yo voy también hacía allá, estaba des-cansando”.

Pensó en volver a comunicárselo a su hijo, pero observó que por el “carreiro” venía un convecino y, cuando llegaron junto a él le dijo que le notificara “ao seu fillo” que iba hasta Begonte, pues bien sabía que su hijo era ateo y nunca le acompañaría.

Marcharon ambos viandantes anda que andarás, ninguno de ellos hablaba quizá para no perder el ritmo de la marcha. Sabedor el hijo del viaje que iba a hacer su padre pero como A Terra Chá y la provincia de Lugo no estaba muy lejos no se preocupó, ya que su padre conocía muy bien los caminos de la provincia vecina, ya que en sus tiempos mozos fue “ferreiro” y trabajó en varios pueblos.

Quando los dos peregrinos llegaron a Begonte se dirigieron a la Iglesia, al entrar el acompañante cedió el paso al hombre mayor diciendo: “Ya está usted en su casa, le aguardan, necesitan de usted para dar más tem-

“Él entró con ellos y cual sería su asombro cuando entre las figuras de aquel Belén ve una idéntica a su padre”

ple al belén”. El ser angelical desapareció y el anciano, en ese momento, quedó convertido en una diminuta figura de terracota y en sus manos, como por milagro, volvieron a estar algunos de los utillajes propios de aquel oficio.

Pasaban los días y viendo el hijo que el padre no volvía a Valdeorras emprendió camino buscándole. Llegó a Begonte y a las gentes que preguntaba no le daban señales de haberlo visto. Algunos decían que se dirigiera al cura, pero él no quería que le hablaran de iglesia, como ante todo se imponía al amor que tenía a su padre, las jornadas discurrían y tenía que

marchar, decide ir junto del sacerdote para preguntarle, al ser el “crego” guía del belén de Begonte, si viera por allí a un anciano de aquellas características, claro, para ello tenía que entrar en el salón eclesiástico donde estaba el Belén y

eso le costaba, toma la decisión y en la misma entrada le expuso al cura su problema y éste le dijo: “Mire, cuando salga este grupo de visitantes que es el último por hoy, me ocupo detenidamente de ayudarle en ese problema”.

Él entró con aquéllos y cual sería su asombro cuando entre las figuras de aquel Belén ve una idéntica a su padre no pudiendo evitar el casi desvanecerse con la sorpresa. Salieron y presto le dijo el sacerdote: “¿Qué le ocurrió?” Él repuso, “Nada, señor cura, que me pareció ver a mi padre representado en una de esas figuras” Volvieron a acceder los dos al belén con la vista clavada donde debía estar la figurilla de aspecto humano, pero no la encontraban, en la bancada, tras ellos, se oyó una voz que decía: “¡Estoy aquí, hijo!” Cuando vuelven la mirada hacía allí ve a su padre diciendo: “No quiero ser carga

para ti y mucho menos para tu esposa, por eso pedía que alguien me acogiera y, un día, estando atribulado, se me apareció un ángel, esa estrella que ves ahí, y me condujo al que, desde hoy es el Asilo de los Humildes, este Belén de Begonte donde vuelvo a ser barro, pero yo quiero ser arcilla viva en mi tierra y no muerto vivo lejos de mi Galicia; gracias al Belén de Begonte siempre estaré vivo, pues si me iba con-

tigo a ese país de Suiza fallecería en el camino al saberme enterrado vivo en un piso. Aquí, siendo figura de este Portal nunca estaré muerto de soledad porque tengo a la Familia que siempre busqué. No sufras, con el permiso de este buen cura, ya de aquí no me muevo”.

El hijo quiso acercarse a él, pero ya el anciano volvió a minimizarse y estaba en el grupo de las figuras. El sacerdote le dijo que lo dejara ahora ya era imprescindible en ese Belén y cuando llegara finales de enero verían lo que pasaba. Se marchó ya para su casa a Suiza y cuando le contó el caso a su mujer e hijos, como no lo conocían ni le tenían en el corazón poco aprecio le dieron. El hombre volvió a su trabajo y a finales de enero en un accidente laboral pereció.

Lloraron mucho su mujer e hijos, pero en el Belén de Begonte que se estaba viviendo la clausura cuando se aprestaban a retirar el Nacimiento donde estaba aquel “ferreiro” solamente hallaron el yunque y en un papel las siguientes palabras escritas: “Ya me voy donde todos somos recibidos con los brazos abiertos, lugar en el que no molestamos los viejos, con la Familia de verdad, pero volveré a visitar mi tierra gallega cada Navidad, pues este Belén de Begonte es una resurrección de los valores que son eternos e imperecederos. Saludos de un abuelo que no conoció a sus nietos ni vivió con su hijo porque era muy alta la barrera que levantó una mujer que no debía ser hija de María”.

El sacerdote Domínguez Guizán guardó el mensaje y, cuando los colaboradores en la espiritual obra del Belén se preguntaban por “o ferreiro” respondió, con una sonrisa: “Estará forjando el alma de otros muchos que necesitan de abuelos “ferreiros” que son salvadores de la tradición”.